

lítico : tus pecados te son perdonados, ó decirle : levántate, toma tu cama y anda? A fin de que sepáis que el Hijo del hombre tiene sobre la tierra el poder de perdonar los pecados, dijo, dirigiéndose al paralítico, *levántate, yo te lo mando, toma tu cama y vuélvete á tu casa.*» El paralítico se puso al momento de pie, tomó su cama y se marchó de allí cantando y publicando por todas partes las grandezas de Dios. Muchos de los fariseos que murmuraban habían sido enviados expresamente de Jerusalén para acechar y espiar á Jesús, y desde entonces ya se vió por doquiera el odio farisaico cada día más exacerbado y obstinado en multiplicar injustamente las calumnias y mentiras contra Él.

Se hallaba Jesús en la mesa en casa del publicano Leví, que era ya el discípulo Mateo, y el Maestro, como sucedía de ordinario, estaba rodeado de publicanos y pecadores, que en gran número siempre le seguían, y al verle los fariseos en semejante compañía, se escandalizaron de ello, por lo que Jesús les dijo: *«Mirad que no son los sanos los que tienen necesidad de médico, sino los enfermos, y sabed lo que significa esta parábola del profeta Oseas : Yo quiero la misericordia y no el sacrificio. Pues yo no he venido para llamar á penitencia á los justos, sino á los pecadores.»*

Por estas palabras conocieron los fariseos que Jesús no les miraba con ojos tan complacientes como ellos se veían á sí mismos, y, en su detestable deseo de presentar obstáculos y difi-

cultades á Jesús, enviaron algunos discípulos de Juan Bautista para que le preguntasen : «¿Cómo es que los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan y hacen oración con frecuencia, mientras que los vuestros comen y beben y no ayunan?» Á cuya pregunta Jesús respondió : *«Los amigos del esposo no están de luto, y por eso, mientras que el esposo está con ellos, no ayunan; mas llegará un día en que el esposo les faltará, y entonces ayunarán.»* Al mismo tiempo les propuso una comparación, que es una lección admirable de dulzura hacia los principiantes, cuya debilidad no conviene desalentar por querer elevarles repentinamente á la perfección.

Cuando Jesús instituía su Iglesia, la comunicó enseñanzas é instrucciones para todos los tiempos, puesto que siempre habría enfermos que curar en ella y pecadores que convertir; pero los fariseos no podían extender su vista á cosas tan lejanas, y de hecho no las veían. Por lo que toca á la misma persona de Jesús, su principal alimento eran la oración, el ayuno y el trabajo apostólico, conforme á sus palabras ya mencionadas : *«Mi alimento consiste en cumplir la voluntad de Aquel que me ha enviado.»*

LA HEMORROISA Y LA HIJA DE JAIRO

Los mismos fariseos, sin embargo, cuando se les presentaba la ocasión, no dejaban de acudir también al poder y á la bon-

dad de Jesús, por más que no se ocupasen en otra cosa que en censurarlas. Es bastante probable que pertenecía á su clase y partido Jairo, el jefe de la sinagoga de Cafarnaum, el cual tenía una hija de doce años que estaba enferma; y como la viese repentinamente en peligro de muerte, Jairo se apresuró á ir en busca de Jesús, que estaba predicando sobre las riberas del mar de Tiberiades, y al llegar delante de Él, con una fe todavía grosera, le suplicó que fuese á curar á su hija moribunda, pues estaba persuadido que Él podría y querría hacerlo, y creía, además, que su presencia y la imposición de sus manos serían necesarias al fin expresado. El Señor, sin desairarle, se levantó y le siguió.

Entre la multitud de gente se encontraba una mujer de la villa de Cesárea, que había venido sin duda para ver á Jesús é informarse de lo que por todas partes se decía de Él; padecía hacía ya doce años de un flujo de sangre, y los médicos la habían arruinado y empobrecido sin mejorar cosa alguna su estado de salud. Esa mujer seguía, pues, á Jesús, pero sin atreverse á poner en su presencia, ni á pedirle nada; pero, llena de fe y más esclarecida todavía y auxiliada por la luz sobrenatural que por cualquiera otro testimonio y motivo, se decía á sí misma: «¡Oh! Si yo pudiese tocar solamente los bordes de su vestido, yo quedaría curada.» Y en efecto, lo hizo así, y al punto se sintió libre de su enfermedad; pero al mismo tiempo el Señor, mirando atrás, preguntó quién había tocado á su vestido. Viendo

que todos se excusaban y justificaban, lo que es una prueba del respeto que Jesús inspiraba, aun cuando Él se dejaba oprimir por la multitud, Pedro le contestó: «Señor, la multitud os oprime y os fatiga, y ¿todavía preguntáis quién os ha tocado?» Pero Jesús, que continuaba mirando á la multitud que le seguía, repitió: «Alguno me ha tocado, porque ha salido de mí una virtud.»

La influencia y eficacia de Cristo son incorpóreas, y no salen de Él materialmente, como si le dejasen al trasmitirse á otros, de la misma manera que la ciencia no se separa de aquel que enseña para pasarse al que es enseñado. Jesús se vuelve y pregunta con el fin de manifestar que Él sabía que se había curado esta mujer y de la manera que lo había sido, y también para honrar con ese mismo hecho su fe. Decir quién me ha tocado significa quién se ha acercado á mí por la fe, por el deseo y por el pensamiento, y por eso esta multitud de gentes que me oprimen y rodean no me tocan, porque ellas no se aproximan ni por razón de su fe ni por sus pensamientos.

La Hemorroisa, toda asustada, se arrodilló, confesando lo que había hecho, y Jesús, al verla así, la dijo: «Hija mía, ten confianza; tu fe te ha curado; vete en paz.» Ella quedó con el título de hija desde el momento que tuvo fe, y la fe fué quien la curó, según Tertuliano, y no el estar versada en las santas Escrituras, lo que puede servir de lección á los escribas y falsos letrados. Jesús la había exigido esta confesión para tener así oca-

sión de pronunciar estas palabras, y que nuestra alma pudiera oirlas : « *Ten confianza, hija mía; tu fe te ha salvado; anda en paz.* » ¿Á cuántas almas no ha servido de paz, de fuerza y de salud semejante palabra? El primero á quien causó el aumento de su fe fué sin duda á Jairo, á quien se le vino á notificar en este momento que su hija había espirado; y todo lo que se hiciera para aconsejarle que no fatigase más al Maestro era inútil, pues él, lleno de fe, exclamó : « *Señor, mi hija está muerta; sin embargo, venid, poned la mano sobre ella y vivirá.* » ¡Dichoso padre, y dichoso, sobre todo, por haber sentido y hablado de esa manera! Una palabra de Jesús fortificó su esperanza. La casa de Jairo estaba convertida en un mar de lágrimas y de llantos; llega Jesús al momento y pregunta á las gentes que allí había lamentándose : « *¿Por qué lloráis? Esta joven no está muerta, duerme.* »

Aquellas gentes se burlaron, porque habían visto morir á la doncella, y Jesús las obligó á alejarse de allí, del mismo modo que á los cantores y músicos que estaban presentes, conforme al uso observado para los funerales; y habiéndose quedado con Él el padre y la madre de la difunta y tres de sus discípulos, Pedro, Santiago y Juan, tomó por la mano á la muerta y la dijo : « *Joven, levántate.* » Y haciéndolo así, principió á andar, recomendando Jesús que la diesen de comer. Al mismo tiempo prohibió expresamente á los padres que publicasen lo que habían visto; pero ellos desobedecieron, y así lo hicieron otros mu-

chos á quienes se había impuesto la misma prohibición. Jesús acostumbró unas veces mandar y otras prohibir que se publicasen sus milagros por diversas razones que para ello tendría, por más que no hayan podido todas comprenderse ni saberse, pues las explicaciones que de ellas se han dado no han sido siempre enteramente satisfactorias. La más verosímil es la que supone



Lámina 42.—Curación de la Hemorroisa. «Hija mía, dijo Jesús, ten confianza; tu fe te ha curado; vete en paz.»—Sarcófago de las Catacumbas, conservado en el Museo del Vaticano.

que Jesús se proponía enseñar á sus discípulos á ocultar, en cuanto fuera posible, los beneficios que Él les hacía, á fin de librarse del peligro que llevan consigo los aplausos públicos. Mas siempre queda la duda de por qué ordenaba ocultar tal milagro y no otro de los muchos que hacía; pero á un creyente le basta saber que Jesucristo lo quiso así, y, por lo tanto, que tuvo para ello motivos dignos de Él, debiendo quedar nosotros contentos

con ignorar lo que Él no ha juzgado conveniente revelarnos, y, por tanto, tenemos suficiente con lo que comprendemos, y eso sólo es lo que nos conviene.

Al salir de la casa de Jairo se encontró dos ciegos que gritaron y venían hacia Él: «¡Hijo de David, ten misericordia de nosotros!» Y Él aparentaba no oírles; pero los ciegos sin cesar gritaban y le seguían hasta su alojamiento; una vez allí les preguntó Jesús si ellos creían que Él podía hacer lo que deseaban, á lo que contestaron afirmativamente, y entonces les tocó los ojos, diciendo: «*Que os sea hecho conforme á vuestra fe.*» Y al momento se abrieron sus ojos. Seguidamente se le presentó un hombre que se había quedado mudo por la maligna influencia del demonio, y por lo mismo que este desgraciado no tenía libertad para expresarse, le curó Jesús sin preguntarle nada, como se confiere el bautismo á los niños pequeños. El pueblo, al ver este milagro, se llenó de admiración y exclamó: «¡Jamás se ha visto una cosa semejante en Israel!» Y los fariseos, que reconocían estos milagros y no podían negarlos, los atribuían al arte de Satanás, diciendo que Jesucristo arrojaba los demonios en nombre de su príncipe; y aún cuando en un mismo día había triunfado Jesús de las enfermedades, de los demonios y de la muerte, la impiedad, llena de orgullo, seguía obstinada y no creía en Él.

EL PARALÍTICO DE LA PISCINA

Jesús, sin dejar de predicar y curar por el camino, se volvía á Jerusalén para celebrar la fiesta de los judíos, que era la Pascua, según creen muchos escritores, y sabía que allí había de encontrar los fariseos, que eran peores, más enemigos y más poderosos que en Galilea. Después de los milagros de Cafarnaum, los fariseos tomaron un detestable acuerdo contra Él, no porque ya les hubiese reprendido, sino porque predicaba una penitencia distinta de la de ellos, hacía obras de otro género y llevaba una vida edificante y diferente de la que ellos tenían. Le acusaron primeramente de blasfemo, y la misma caridad de Jesús les daba motivo para imputarle un segundo crimen. El milagro de que se va á hacer mención es, por su importancia, por la grande y profunda significación y por las circunstancias que le acompañaròn, de los más señalados y admirables de la vida del Salvador.

Había en Jerusalén una piscina que era célebre por las gracias que Dios la había concedido, y era conocida por el nombre de piscina de Betsaida. Piscina en griego quiere decir *probática* ó de las ovejas. El nombre de Betsaida significa *casa de misericordia*, y en ella lavaban los sacerdotes los animales preparados para el sacrificio. Había en ella una fuente de agua pluvial, rodeada de cinco galerías de buena arquitectura, debajo de las

cuales se reunía un gran número de enfermos, ciegos, cojos, tíficos y atormentados de otros males, que estaban esperando el movimiento de las aguas, porque acontecía que en ciertas épocas del año, el agua era agitada repentinamente por la acción invisible de un ángel, y entonces el primer enfermo que bajaba

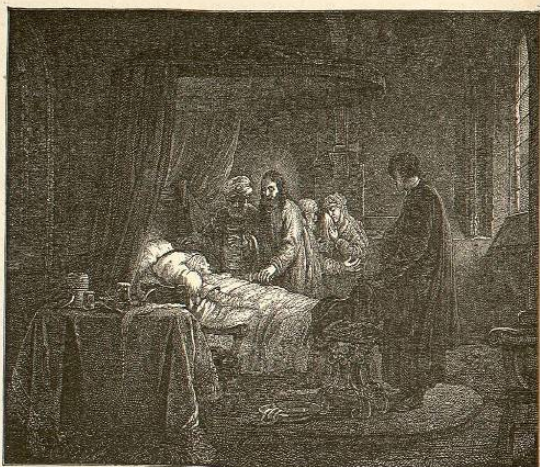


Lámina 43.—Resurrección de la hija de Jairo : Jesucristo triunfa de la muerte.
Copia del cuadro de Rembrandt, grabado por Smith.

á la piscina, después de movida el agua, quedaba al momento curado, cualquiera que fuese su enfermedad.

Ahora bien; estaba allí echado bajo el pórtico de la piscina un hombre que se hallaba enfermo hacía treinta y ocho años; y conociendo Jesús la larga duración de esta enfermedad, le pre-

guntó si quería ser curado, á lo que contestó que sí, pero que no tenía un hombre que le bajase á la piscina cuando el agua fuese movida, y que mientras él bajaba, ya otro se había metido antes que él. Entonces Jesús le dijo : *«Levántate, toma tu cama y anda.»* Y viendo eso los judíos, le dijeron : *«Hoy es día de Sábado, y no te es permitido llevar tu cama.»* Á lo que el Paralítico contestó : *«Aquel que me ha curado me ha dicho : Toma tu cama y anda.»* Ellos volvieron á preguntarle : *«¿Quién te ha dicho eso?»* Y como el Paralítico no sabía quién era su bienhechor, no pudo contestar ni enseñársele, porque Jesús se había ya retirado de aquel lugar.

Entre tanto llegó á saber el Paralítico quién era el que le había curado, y Jesús le encontró en el Templo; pues al aprovecharse y hacer uso de la fuerza y salud que había recobrado, no fué para mezclarse en los negocios y placeres del mundo, sino para ir á la casa del Señor; y por eso mismo mereció ver á Jesús, que al verle le dijo : *«En adelante no peques más, no sea que te vuelva á suceder otra cosa peor.»*

La enfermedad del Paralítico había sido consecuencia funesta de sus pecados; y aunque del pecado no vengan todos los males corporales, según doctrina de San Juan Crisóstomo, sin embargo, el pecado es la causa principal y más general de ellos. Dios castiga en el cuerpo las faltas del alma para que la enfermedad corporal nos haga pensar en la espiritual, de la que nosotros hemos abusado, y de ese modo, en virtud de su clemen-

cia infinita, la misma aflicción de la carne se convierte en provecho del espíritu. No caemos enfermos sin una permisión ó disposición de la Providencia, frecuentemente oculta, siempre útil y jamás injusta; y así es remedio eficaz y seguro para curarnos acudir á la oración, la que en muchos casos puede ser más poderosa que los remedios aplicados por la ciencia humana, porque la gracia de Dios y el cumplimiento de su santa Ley, que se alcanzan por la oración, son buenas para el cuerpo y para el alma, y si alguna vez no se ve el provecho para el primero, es por haberse aplicado á la segunda.

Así como en el Paralítico se reflejaban la gracia del arrepentimiento y el hermoso carácter de pecador penitente y perdonado, de la misma manera estaba grabado y manifiesto el sello de reprobación en los judíos que le rodeaban. Aquél fué humilde; se le encuentra en el Templo dando gracias á Dios, y, según opinión de muchos intérpretes, Jesús, que siempre tiene cuidado de no abrumar al pecador, no le hizo tan severa amonestación sino por haber visto en él un alma verdaderamente penitente y llena de buena voluntad; y una prueba de ello es el respeto con que escuchó la palabra de Jesús y el reconocimiento y gratitud que después le mostró. Los judíos preguntaron al Paralítico quién le había mandado que cargase con su cama en el día de Sábado, pues eso era lo mismo, según ellos, que quebrantar la Ley, y por eso ponían tanto interés en averiguarlo. Después que hubo conocido á Jesús, fué á decírselo á los ju-

díos, no manifestando quién era el que le había mandado coger la cama, sino aquel que le había curado, que era Jesús. En otros términos, era como decirles: «*Aquel que me ha salvado es el Salvador.*» Y así, en vez de una denuncia que se le pedía, dió una confesión. El Paralítico, dice San Agustín, no es perezoso para publicar lo que ha visto; pero, sin embargo de eso, los judíos se obstinaban en no hacer caso ni del milagro ni del beneficio, y sólo se fijaban en aquello que les parecía una transgresión de la Ley del Sábado.

Ellos veían que Jesús se mostraba en todo muy exacto para observar la religión; pero no era la religión de ellos, la que ellos mismos habían hecho conforme á su gusto y á su orgullo y en provecho de sus intereses, y por esa razón pensaron en los medios de quitarle la vida, comenzando por perseguirle, gritando por todas partes que Jesús de Nazaret violaba la Ley del Señor. Jesús les dijo: «*Hasta ahora no ha cesado mi Padre de obrar, ni Yo ceso de obrar con Él;*» con cuyas palabras confirmaba su divinidad. Dios no descansó el séptimo día más que en el sentido de dejar de crear; pero, por lo demás, Él no cesó ni cesa de obrar para la conservación de las cosas criadas. Llamando Jesús á Dios su Padre y estableciendo su unidad de operación con Él, afirmaba también la unidad de naturaleza; y por eso no se llamaba hijo solamente por adopción, á lo que nada hubieran tenido que objetar los judíos, sino hijo por generación, y de ese modo se

atribuía la naturaleza divina y la perfecta igualdad con Dios.

Así es como lo entendieron los judíos, y es preciso, ó acusar á Jesús de impostura, ó dar á sus palabras la significación que ellos las dieron, y, por consiguiente, negar la misión divina es negar al mismo tiempo la divinidad, porque, si Jesucristo no es Dios, se sigue que tampoco es hombre sincero, y ménos enviado de Dios. Después de haber referido San Juan la curación



Lámina 44.—El Cristo doctor.—Cuadro que se halla en el pórtico de la catedral de Chartres.
Data del siglo XII.

del Parálítico, consigna el discurso en virtud del cual Jesús, estableciendo la consustancialidad del Hijo con el Padre, mostraba á los judíos los títulos supremos de su divina misión, y ante una declaración tan terminante y autorizada, á la razón humana no la queda sino la obligación de humillarse y de reconocer incondicionalmente al Señor de la vida y de la muerte, y ese debe ser su proceder en todo lo que se refiere al Evangelio, al Cristianismo y á la Divinidad.

«En verdad, en verdad os digo que el que escucha mi palabra y cree en Aquel que me ha enviado tiene la vida eterna y no incurre en la condenación, sino que va á pasar de la muerte á la vida; y en verdad, en verdad os vuelvo á decir que el tiempo viene, que es ya llegado, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y aquellos que la hayan escuchado y creído recobrarán la vida; porque como el Padre tiene la vida en sí mismo, ha concedido al Hijo el poder de tenerla también en sí mismo, y le ha otorgado el poder de juzgar, porque es el Hijo del Hombre. Se aproxima, pues, el tiempo en el cual todos aquellos que están en el sepulcro oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hayan hecho buenas obras resucitarán para vivir, mientras que aquellos que hayan obrado mal resucitarán para ser condenados.»

De esta manera expone Jesucristo la doctrina acerca de su divina misión y sobre la futura suerte del hombre; y, á pesar de ser tan clara y evidente, le buscaban los judíos para quitarle la vida, alegando por motivo, no sólo la violación del Sábado, sino porque enseñaba que Dios era su Padre y que Él era igual á Dios.

LA MAGDALENA

Aunque Jesús tenía odio á los vicios de los fariseos, jamás aborrecía sus personas, y por eso aceptó cierto día el comer en